

LODGE, Rupert C.: *The Philosophy of Plato*. London, 1956, 348 págs.

Este nuevo estudio sobre Platón está redactado bajo la inspiración de un espíritu muy en consonancia con la mentalidad sajona y en forma muy adecuada para hacerse oír en el medio ambiente ideológico que domina en el mundo actual.

Se nos presenta un Platón genéticamente resuelto en situaciones y precedentes y convenientemente adaptado a medidas fáciles de digerir: un Platón comprendido a nivel de una razonable mentalidad media, más que comprendido en su interna y más profunda genialidad. Dentro de esta perspectiva general, se explica el interés que el autor siente por presentarnos bajo todas sus formas el marco en que se desenvuelve la vida del maestro, a fin de captar en él los motivos que luego encontramos definiendo sus ideas. Así, se insiste en describir la situación biosocial de la Grecia clásica junto con los movimientos de ideas de más influjo sobre el tiempo de Platón. Esto lleva a Lodge a someter a análisis todo el «helenismo» (así designa, con expresión hoy sin duda equívoca, al complejo de cultura que venía heredándose de los mayores). Sobre esta base estudia por separado los grandes temas que preocupan al maestro y de los que nos dejó constancia en sus escritos: el ético, el estético, el religioso y el pedagógico. A cada uno de ellos se dedican dos secciones; la primera recuerda la obra de los predecesores y el ambiente, la segunda analiza las ideas del propio Platón. Se subraya particularmente el último problema, el relativo a la educación. Hasta el punto de asegurar que es ése, el tema educacional, el más importante entre los que tratan los diálogos platónicos para el hombre de hoy. De modo concreto se procede en este apartado a fijar las posiciones platónicas con respecto a Sócrates, puntualizando, junto con los motivos que le hacen depender de él, los que le separan. En un capítulo final se alude a las interpretaciones modernas de Platón, después de haberse preguntado por la posibilidad de encontrarle hoy un sentido. El libro se cierra con doble índice, de autores y de materia, y con una bibliografía, aunque reducida a los estudios de importancia mayor dentro de los intereses de la obra.

El deseo de pensar a Platón desprendido de Sócrates, que se acusa explícitamente en estas páginas, responde a una actitud de principio determinada en el fondo, por ver en Platón aquello que es más fácilmente aceptable por parte de la mentalidad de hoy. Así, se subraya un alza del significado filosófico de ciertos presocráticos: los jónicos, Pitágoras, Protágoras, contra una merma del que se suele atribuir al propio Sócrates. No sabemos hasta qué punto aprobaría Platón un libro que ensaya justificar su nombre a costa de disminuir el de su maestro; y ello, aun concediendo, lo cual es perfectamente obvio, que hay menos socratismo en las *Leyes* que en otros escritos anteriores.

Platón aparece como un resumen de cuantos motivos la invención

cultural griega había descubierto hasta él. En su obra se dan cita los diversos estratos de la conciencia anterior, desde la contenida en las creencias del sentido común de las admisiones tradicionales, como se daban en el pueblo o como venían elaboradas por los poetas, hasta la concepción crítica de Sócrates, pasando por la versión científica de la realidad de los jónicos o pitagóricos y por el humanismo de los sofistas. Especial atención merecen, por parte de Platón, el aspecto humanístico y el crítico; de ahí el relieve que en sus obras alcanzan los temas de la cultura y entre ellos el de la educación. Este aspecto de los hechos es el que se propone subrayar de modo explícito el autor del estudio.

Por lo dicho se puede haber adivinado cuáles serán los rasgos generales que le caracterizan. Es una obra de ambientación más que de exposición centrada; abundan los contrastes con todas las direcciones de la vida y el pensamiento griegos, y no hay nunca un Platón que descansa en sí mismo y se ensaye hacernos comprender desde él. El método es, por lo mismo, más bien histórico, positivo, al gusto sajón, que filológico y lógico. Domina el análisis un interés práctico; antes que saber quién fué Platón, parece que lo que preocupa es saber si su obra nos tiene hoy algo que decir. En la buena intención de que el maestro siga siéndolo, se adivina el afán por exculparle de pecados que nadie sabe en qué medida pudo cometer, como, por ejemplo, del de defensor del absolutismo político. El autor encuentra un medio sencillo de hacernos ver que Platón fué un hombre ecuánime, y consiste en atribuir lo defectuoso de alguno de sus pasos al influjo recibido de Sócrates. Hay algo de manía contra Sócrates en este enfoque que no sabemos explicarnos sino a partir del complejo antitotalitario de postguerra, que es el que tácitamente va condicionando la interpretación. El deseo de liberarse del «complejo de apóstol» que siente hoy como expresión del más sano humanismo una buena parte de los espíritus de ambiente liberal, conduce a hacernos de Platón un respetable ciudadano que fácilmente podría ponerse de acuerdo con nosotros a base de una máxima tan anglosajona y tan liberal como ésta: *live and let live*. Pero la llegada a este extremo ¿no significa haber dejado en el camino al verdadero Platón?

En suma, se nos pone ante un Platón mucho menos «platónico» que lo usual, ya que se nos enseña que el cercenamiento de lo concreto en favor del ideal es más socrático que suyo. Así se desemboca en el concepto de un Platón bifronte que, si de un lado da hacia el mundo de lo suprasensible y en él establece su morada, de otro, vuelve sobre sí mismo y, en reacción contra Sócrates, se dedica a organizar el mundo de la experiencia. Si por temperamento era idealista, por imposición de los hechos, con el avance de su vida, acaba dedicando su atención a la realidad concreta.

Se ve, con todo esto, que no deja de tener originalidad la obra que comentamos y que, en muchos extremos, es sugeridora e instructiva.